

# LA COLOMBIA QUE NO DEBERÍA SER



**ENRIQUE HERRERA ENRÍQUEZ**



---

## LA COLOMBIA QUE NO DEBERÍA SER

ENRIQUE HERRERA ENRÍQUEZ

kikeherrera666@gmail.com

El sol resplandeciente amanece entre las pequeñas montañas de oriente dando comienzo al levantar del día sobre ese plano de ondulante geografía donde el promedio normal de la temperatura no es menor a los 30°C, según registra de manera general el Municipio de Cartagena de Chairá, dando así a la apertura de las faenas diarias de aquel grupo de familias asentadas en torno de la pequeña colina circundada de humedales, como lo es habitual en el Caquetá colombiano. Gran parte de las casas construidas en madera excepto dos: la de la maestra de escuela y la del presidente de la junta comunal que lo eran en ladrillo, daba pie para una grata convivencia entre sus pobladores que llevaban a familiarizarse mutuamente entre sí.

Siendo fin de semana y aprovechando el esplendor del día, Diana de escasos cinco años para aquel entonces, sacó el paquete de ropa que había dispuesto su madre, se lo puso sobre sus hombros y procedió a bajar desde su casa hasta la “moya” o humedal que se extendía al pie de la pequeña colina de la zigzagueante geografía. Uniéndose al grupo de niños, bajó brincando de piedra en piedra, pisoteando la hierba, siguiendo el proyectado sendero que los llevaría al natural manantial que cada vez que caminaba era obviamente menos distante. Cerca de llegar al sitio en referencia, Diana observó una pequeña tabla predispuesta sobre la bajada de la colina, sin pensar dos veces la tomó entre sus manos y se encaminó hacia la parte más inclinada de la sinuosa geografía, trepándose sobre esta tabla se sentó y se lanzó colina abajo cual si fuese un improvisado trineo. Todo fue espeluznante sensación al resbalar sobre la fresca yerba y el viento acariciando su rostro y el negro cabello deslizándose armónicamente hacia atrás, hasta cuando al llegar a un determinado sitio donde se paró el encanto, pudo percatarse que un clavo había rasgado su pantaloneta, situación nada agradable que tendría consecuencias con su madre, como en efecto así lo fue cuando ésta se presentó y recriminó el daño a la vestidura, viéndose obligada a darle improvisada costura.

En la “moya” o fuente natural de agua, se inician las labores del lavado de ropa y el refrescante baño corporal con la activa participación de quienes estaban presente, sin tener la más mínima prevención a nada ni a nadie. Los niños juegan duchándose con algarabía, las niñas con largas túnicas y los niños en pantaloneta, lanzándose agua entre sí, hundiéndose con regocijo en el natural manantial, en tanto las madres observan con cuidado y lavan la ropa sobre piedras acondicionadas para el efecto. Todo era tranquilidad, alegría en medio del humedal hasta cuando de pronto se escucha un espectacular estruendo cercano al lugar que dio pie para que se levantara una esplendorosa llama de color amarillenta rodeada de negruzco polvo y piedra que hizo estremecer a manera de un temblor el sector. Las asustadas madres de manera inmediata llaman a sus hijos por sus nombres, recogen sus prendas de vestir y la ropa que estaba aún enjabonada, procediendo a salir rápidamente para buscar refugio donde mejor se encuentre la requerida seguridad. ¡Es la guerrilla! ¡Es una bomba! ¡Explotó una mina! Son las voces que desesperada y unánimemente se escucha decir.

Días anteriores se sabía que los insurgentes merodeaban muy cercano al lugar por eso se había visto a soldados del Ejército Nacional patrullar la región. ¿Qué había pasado en el sitio aludido? La guerrilla en su afán criminal de controlar el sector había puesto irresponsablemente minas explosivas, una de las cuales fue activada al paso de un animal. La reacción de las tropas del Ejército Nacional con su Escuadrón “Diosa del Chairá”, fue inmediata, procediendo a repeler el acto terrorista y originándose un enfrentamiento armado entre los contrincantes, quedando la población civil en medio de esos dos fuegos provenientes de cercanas pequeñas montañas donde se habían pertrechado convenientemente. Diana al no ver a su madre, es sorprendida por Doña Bertha, su profesora que lleva como puede a sus alumnos a su casa cual si fuese una gallina recogiendo y amparando sus polluelos. La confrontación militar es cada vez más crítica para la población civil, son dos días de guerra donde nadie sabe nada de nadie solo de cuantos están en casa o de quienes lograron huir y se encuentran improvisadamente escondidos entre los árboles del cercano bosque.

Al cabo de esta siniestra explosiva situación en que solo el ruido de las balas pasando muy cerca a sus cabezas y el constante traqueteo de la metralla que hace impacto en las tablas de las casas de madera, del crujir del avión fantasma bombardeando y helicópteros a bajo vuelo disparando a cuanto se movía a su alcance, se confundía con el llanto de los niños, las lágrimas de las madres aferradas a ellos y la reinante incertidumbre de pensar que iría a suceder en aquellos difíciles y críticos momentos. Todo pasó a segundo plano cuando el Ejército Nacional con su Escuadrón “Diosa del Chaira” logra expulsar a la guerrilla y procede a dar calma a la población civil refugiada entre las tablas de sus casas o la manigua del sector. Tristemente se va conociendo los estragos de ese infierno en que vivieron al saber cómo la guerrilla violó a mujeres de todas las edades, particularmente jóvenes adolescentes, las torturó, las empaló, las degolló; mató a padres de familia descuartizándolos, sacrificando ancianos y niños, toda una macabra situación que dejó dolor y lágrimas en la población civil. Viene luego y de manera insólita a conocerse más estragos: el Ejército Nacional apoyada por la Policía Nacional y grupo que se denominan de “inteligencia militar” o paracos entran supuestamente a investigar cómo y por qué se dio esa toma de los grupos insurgentes, encontrando supuestos auxiliares que sin fórmula de juicio son torturados hasta matarlos o desaparecerlos, sus mujeres e hijas violadas en similares o peores situaciones a las ejecutadas por los insurgentes guerrilleros.

Diana recuerda con tristeza y se sume en llanto recordando estos episodios malditos que marcaron para siempre su vida, haciendo entender para su desgracia esta inaudita violencia en que se encuentra el país desde la muerte del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán en 1948 en Bogotá. Esos dos días en que no sabía de sus padres y demás familia por estar en casa de su profesora, cuando pensó que la muerte también se la llevaría a tan temprana edad, dentro de un conflicto que nadie entiende y menos comprende cuando la insurgencia dice luchar por el pueblo y es al pueblo a quien más perjudica su criminal actitud, dando si cabe la expresión, vía libre a la actuación también criminal de las fuerzas militares oficiales. Reunida nuevamente en familia, observando que por fortuna no había pasado a mayores al estar todos con vida, Diana y sus padres deciden salir precipitadamente de Cartagena de Chairá llevando de equipaje tan solo cuanto está a su alcance de acuerdo con las circunstancias que deja la violencia, obligando a salir de paso para caminar por pequeños y grandes poblados, exhibiendo la miseria y pobreza en que han quedado hasta radicarse en Ocaña, población perteneciente al Departamento del Norte de Santander en la región también conflictiva del Catatumbo colombiano.

Con esfuerzo lograron ubicarse en una pequeña parcela que tenía una pequeña casa cercana a la citada población donde su padre se dedicaría principalmente a cultivar la tierra y la cría de pequeños animales como aves de corral y la típica vaca lechera con su ternero, acudiendo los fines de semana al mercado de Ocaña para vender carne de res que adecuadamente sazónaba el día anterior para comercializar en exquisitos platos de carne asada, los cuales gozaban de gran prestigio por su calidad y buen sabor que lo llevaría a amistar con varias personalidades de la localidad.

El hogar donde había nacido Diana contaba a ella como la hija mayor con dos hermanas menores que se quedaban en casa al cuidado de su madre, en tanto su padre y ella trabajaban. Diana, siendo aún niña, de escasos trece años, laboraba durante el día y estudiaba en las noches. El trabajo es atendiendo menesteres en un restaurante y el aseo de la casa de la dueña del local al igual que lo hacía en casa de otro amigo y su esposa. Todo transcurría con la normalidad propia de un hogar que busca progresar y llevar la felicidad que se consigue cuando existe relativa tranquilidad que nos pueda brindar un bienestar general. Las amistades poco a poco van proliferando en el seno del hogar de Diana cuando su padre hace amigos y los invita un fin de semana a su casa para departir sanamente un juego de cartas y uno que otro licor, donde con el tiempo también se acoge a las familias de éstos sin ningún preámbulo o prejuicio. El oficio de agricultor y vendedor los fines de semana en la plaza de mercado de Ocaña de su ya reconocido y recomendado “asado de carne”, lo han hecho todo un personaje que tiene cantidad de amigos que lo admiran y respetan sin discriminación alguna.

Ocaña es una población que desde su fundación española allá en 1570 por Francisco Fernández de Contreras caracteriza a su gente por ser parte de una gran historia que conlleva la celebración de eventos socio culturales que aún en nuestros días son de gran trascendencia y popularidad proyectándola turística y culturalmente. Dentro de estas festividades encontramos la del 3 de mayo de cada año dedicada a la Santa Cruz, donde no únicamente es en sí la festividad religiosa, sino que también hay la celebración pagana con la presentación de artistas y grupos musicales para el deleite de bailar y gozar del pueblo en general.

Ese 3 de mayo, cuando Diana aún no había cumplido trece años, Ocaña festejó y celebró sus festividades como era habitual en el campo religioso y popular. Diana estuvo atendiendo en el restaurante de su amiga, arregló la casa de la citada señora y se fue al terminar sus labores de trabajo al colegio para atender sus deberes en las clases nocturnas. El padre de Diana, vendió como ningún otro día su riquísima y exquisita “carne asada” en la plaza de mercado, para luego al terminar la jornada sentarse en un taberna popular con un grupo de sus amigos a tomar unos cuantos tragos de licor hasta que consideró oportuno irse a su casa invitando a tres de sus más allegados amigos para que lo acompañen: Pedro, Ricardo y Jaime, sin saber y menos predecir cuánto iría a pasar aquella fatídica noche a la “niña de sus ojos” como le dice cariñosa y coloquialmente a Diana. Seguramente en casa los citados amigos hablaron de tantas cosas hasta cuando se acabó el licor y había que salir y caminar a sus respectivas casas que quedaban en la parte urbana de Ocaña.

Diana terminó sus tareas escolares en el colegio y salió sin ninguna prevención camino de su hogar a las diez de la noche como era lo habitual. La ciudad con su tenue luz en

sus calles no la incomodó sabiendo que aún tenía que cruzar algo más de doscientos metros de la senda que la llevaría hasta su casa y allí reinaba la absoluta oscuridad al no haber lámpara alguna que alumbrara aquel sendero. Sus pasos fueron normales hasta cuando estuvo acompañada de una o dos compañeras de estudio que habitaban camino a la suya, se despidió sin prever qué le tenía deparado el destino aquella noche de la Santa Cruz. Una niebla oscura cubría el sendero que por fortuna ella conocía desde mucho tiempo atrás y en tal razón no guardó ninguna prevención, mucho más cuando escuchó a la distancia voces de personas conocidas, reconociendo sin lugar a duda que eran las de tres amigos muy allegados a su padre, lo cual le dio tranquilidad para seguir camino a casa sabiendo que se encontraría con dichos personajes. En efecto a mitad del trayecto se encontró con ellos, los saludó sin prevención alguna y ¡Oh sorpresa! ¡De manera inesperada! ¡Sin escuchar respuesta!: fue rodeada de inmediato por los tres individuos sin permitir escapatoria alguna al escuchar palabras groseras, atrevidas, insinuantes y perversas cuando hablaron de atentar contra su pudor, su dignidad sexual, de poseerla, de hacerla suya, de aprovecharse de su cuerpo; en fin, que palabra insultante y degradante no emplearon para amedrentarla, amenazarla, tocarla lascivamente y aprovechando la estatura y textura de sus cuerpos, su experiencia y edad, dos de ellos: Pedro y Ricardo la tomaron con sus fornidos brazos de diestros trabajadores, tirando al suelo el maletín que ella traía con los cuadernos; la sujetaron por sus débiles brazos, inhabilitándola fuertemente. Uno de estos, Ricardo le tapó la boca con su sucia mano; en tanto Jaime, estando frente a ella con los pantalones abajo, le habría bruscamente las piernas, quitaba con fuerza el pantaloncito interior que rompía bruscamente, procediendo a violarla sin ningún escrúpulo ni consideración, jadeando incansablemente en cada una de las brutales penetraciones. Saciado su violento acto, Jaime procede a entregarla a Pedro que ejecuta de manera vil y perversa igual acción, y luego Ricardo haría lo mismo con su instinto salvaje violando a una niña indefensa que casi desmayada no podía creer de cuanto era objeto, sin poder hacer nada a su alcance. Estos miserables al terminar su inaudito crimen dejan caer el cuerpo de su víctima al suelo y no se cansaban de gritarle amenazas en su contra si avisaba a su papá cuanto le habían hecho, le decían que aun sus hermanitas menores llevarían la misma suerte si refería lo sucediendo, el propio padre sería muerto si ella le informaba lo que le hicieron. No había alternativa: o se quedaba callada o se tendría que atenerse a las consecuencias de las amenazas de estos infames depravados que con el tiempo pagarían caro su atrevida osadía de violar a una adolescente que siendo conocida de ellos no la respetaron ni tampoco consideraron para nada la amistad que les había brindado su padre y su madre respectivamente, no únicamente a los tres sino a sus familias cuando eran atendidos en su casa que estaba ubicada a pocos metros del sitio de horror y de martirio para Diana.

Con dolor de cuánto tuvo que sufrir en brazos de tan asquerosos personajes, se levantó del suelo llorando, limpiando con sus manos su vestido y ultrajado cuerpo, observó cómo los desvergonzados violadores se marcharon riéndose complacientes. Sin saber que decir en casa frente a las amenazas de que fue objeto y sabiendo de cuanto había perdido en su dignidad de adolescente, Diana llegó con dificultad hasta su casa, abrió lentamente la puerta, pisando en la punta de los pies entró tapándose la boca para evitar así un grito de dolor y desesperación que despertara sospecha de cuanto había acontecido aquella nefasta noche de La Santa Cruz. Se sentó en su cama, dejó caer lentamente sobre su almohada sin poder conciliar el sueño hasta que éste la venció. Ventajosamente nadie la sintió ni menos se percató de observar el lamentable estado en que llegó después de tener que soportar el violento y criminal proceder de tan miserables y mezquinos personajes.

En la mañana se levantó un poco antes de lo acostumbrado y para evitar sospechas o preguntas indiscretas, ocultó prudentemente su ensangrentada revolcada ropa, se metió en el baño y miraba con tristeza su parte íntima que aún le dolía; pensaba que lo de la noche anterior había sido una pesadilla, pero no, la realidad estaba ahí cuando palpaba duchando con delicadeza su vagina y todavía había vestigios de la dolorosa e infame situación que tuvo que afrontar en aquella noche que nunca olvidará por lo macabra y asquerosa que fue frente al criminal acto de violencia que ejercieron esos tres inhumanos personajes. Al salir del baño encontró a su madre preparando el desayuno y preguntando como le había ido en sus tareas el día anterior. En un principio estuvo a punto de contarle todo, pero recordó con precisión las amenazas de que fue objeto y prefirió callar ante su madre. Salió camino a la población de Ocaña y al pasar por el sector donde fuera violentamente ultrajada, se agachó para recoger uno de sus lapiceros que estaba sobre la humedecida hierba, lloró sin poder contenerse recordando los asquerosos y dolorosos sucesos, sacando fuerzas de su voluntad siguió su camino dejando en manos del creador, del que todo lo puede de acuerdo con sus creencias, la suerte de sus sanguinarios violadores.

El día continuó en medio de sus faenas diarias sin poder manifestar a nadie cuánto sufrimiento tenía y la agobiaba por los acontecimientos de la noche anterior, poco o casi nada comió ante el terrorífico recuerdo que se agudizada con el ardiente dolor de su magullado cuerpo y la dificultad de nada poder denunciar ante las amenazas de que fuera objeto. La imagen de su padre enardecido reclamando a sus verdugos, muerto tal vez ante la imprudencia de contarle lo que le hicieron sus desgraciados amigos, o pensar que sus pequeñas hermanas serían objeto de similar acto que el vivido por ella, la hizo definitivamente declinar pronunciamiento alguno al respecto. Todo dejaba en manos de Dios para que el disponga cuanto a bien se merecían esos pervertidos violadores que decían ser sus amigos.

Es lo cierto que nunca más volvió a verlos en Ocaña, o mejor evitaba cualquier encuentro inesperado que pudiera darse, solo supo con el tiempo que Jaime se había ido a vivir con su familia a Bogotá, tenía tres bonitas y atractivas hijas que según se decía: habían sido violadas sin saberse de manera concreta en qué criminales circunstancias de acuerdo tanto comentario al respecto, y ahora se hablaba que el citado personaje era un desechable muriéndose, pudriéndose en vida en la inmundicia de la droga, abandonado por su familia, repudiado por la sociedad deambulaba sin rumbo por las calles bogotanas. De Pedro se supo que un día se perdió de Ocaña y su familia, sin que nadie volviese a saber que paso, que ha sido de su vida. Fue como si se lo tragara la tierra haciendo parte de los incógnitos desaparecidos que hoy nadie se acuerda ni menos recuerda, tan solo el olvido hace parte de este miserable sádico.

Un determinado día, siendo ya atardecer, Diana se encontró de un momento a otro por la calle del colegio con Ricardo y naturalmente evitó el encuentro y diálogo alguno, procurando caminar lo más rápido posible. Pensando que sería seguida por tan miserable personaje, procura esconderse en un sitio adecuado que la favorezca de una inesperada acción del citado individuo. De pronto sintió una balacera que retumbó en el lugar obligando a la gente a esconderse a refugiarse hasta cuando el silencio se adueñó del sector y la gente sale a la calle aglomerándose donde yace un cadáver, cercano al sitio en que ella se encontraba. Su curiosidad la obliga a salir hasta llegar donde está el muerto. ¡Oh sorpresa cuando estuvo frente al cadáver! Era el del miserable violador de Ricardo que

había recibido la mortal ráfaga de tiros que retumbaron hacía poco. Diana no se alegró, pero había sido casi testigo de ese criminal acto donde sucumbía el tercero de sus criminales agresores.

El tiempo siguió su curso sin que Diana pudiese contar a alguien la desgracia de su inesperada y maldecida suerte. Bien se ha dicho que los años cicatrizan las grandes heridas que nos causaron los males dejando infortunadamente su inconfundible huella, y en efecto así lo es. La pacífica Ocaña ya no era la del ayer cuando se podía andar sin temor a cualquier hora del día o de la noche, ahora se ha entronizado la violencia armada y es cotidiano escuchar como en la región no hay tranquilidad y toca estar atento a cuanto pueda pasar sin que nos pase nada. Es la triste realidad que afronta la región del Catatumbo colombiano. Diana es ahora toda una interesante quinceañera que continúa laborando en sus faenas del restaurante sin descuidar sus estudios nocturnos, ha crecido, es bonita y atractiva, despierta de manera indiscutible gran interés en el sector masculino por su belleza y simpatía. Alejandro, oriundo de la costa caribe, un poco mayor que ella, ha logrado llamar su atención siendo a la vez amigo de su padre. Comenzaron los galanteos, las invitaciones a diversos eventos hasta que se consideró oportuno pedir autorización a la familia para la codiciada visita de ennoviado en casa, la cual se dio con los respectivos condicionamientos de respeto que se debía tener.

Se ha dicho que en cuanto al amor no hay parámetro o regla que disponga el comportamiento a seguir de los enamorados, solo depende de aspectos circunstanciales que van acoplándose a momentos no previstos donde el sexo y la pasión puede proyectarnos a lo inesperado con la experiencia o sin ella. Es lo de menos. El amor es ciego y traicionero se ha dicho con suma propiedad. Diana y Alejandro, viviendo un romance normal de caricias y besos, una noche sin proponérselo, el placer sensual dio rienda suelta al gusto que impone la intimidad inesperada de una alcoba que lleva al hombre y a la mujer a entregarse mutuamente al placer sexual, cuando sus cuerpos desnudos desatan nudos, lazos de cohibición y prejuicios que limitan los deseos de amar en toda la extensión de la palabra. Ese día para Alejandro era especial al estar lejos de su nativa Barranquilla que celebraba su tradicional carnaval en febrero, razón por la cual celebró a su manera hasta que logra convencer a Diana para llevarla discretamente a la intimidad de su alcoba. Para Diana no era fácil esta situación ante los acontecimientos del pasado donde una violación de tres sádicos miserables contra ella, había dejado prejuicios nada fáciles de superar de un momento a otro, con el atenuante de no poder contar nada al respecto, teniendo en cuenta las amenazas que habían hecho en su contra los citados personajes de aquella nefasta noche de la Santa Cruz en que su vida se tornó en calvario.

Alejandro, sin saber a ciencia cierta esta situación tan complicada para Diana, procuró con esmero y paciencia poder ejecutar en la intimidad de la alcoba el placer sexual que mutuamente los complazca, como en efecto así fue después de acariciarse mutuamente sus cuerpos al desnudo, besarse con especial frenesí hasta alcanzar la motivación que desbordó en un coito ampliamente consentido por la mujer, que esta vez aceptaba placenteramente entregarse sin prejuicio ni cohibición alguna al hombre que la había estimulado pacientemente, hasta lograr alcanzar el clímax, el orgasmo de un acto sexual mutuamente compartido. Fue una noche de placer en que sus cuerpos se deleitaron haciendo pasar a un segundo plano cuánto aun del mal recuerdo quedaba en ella sin saberlo él. Esta situación se presentó luego varias veces en la clandestinidad que les brindaba la in-

timidad de una alcoba hasta cuando el padre de Diana empezó a observar ciertos cambios en el cuerpo de su querida hija, delatando su estado de gravidez. No pudiendo ocultar esta notable situación decidieron Alejandro y Diana convivir como pareja, estando ella de tres meses de embarazo para esperar sin tener que ocultar a nadie el nacimiento de su hija. Jenny, el fruto de este consentido placentero romance nació en el mes de noviembre para alegría de la joven pareja que consideró oportuno viajar con la intención de radicarse en Barranquilla. La recepción en la nueva familia que aspiraba Diana no fue como ella pensaba por cuanto de manera inmediata se notó el distanciamiento que existe entre la gente del interior del país y los costeños del caribe, razón por la cual comenzó, si se puede decir, con un nuevo calvario inesperado, una situación muy incómoda que iría resquebrajando las buenas relaciones que deben imperar en un hogar recién formado. Con la primera persona que no hubo mayor entendimiento fue con la madre de Alejandro que lo sobreprotegió y guardaba determinante distancia con Diana y aun con la inocente Jenny.

Barranquilla y en general el Caribe tiene su gente que se caracteriza por ser descomplicada, pero a la vez defiende e impone sus tradiciones y costumbres que difieren de las practicadas en el interior del país. El clima es ardiente y nada agradable para las gentes de la cordillera acostumbradas a vivir en medio de montañas y a temperaturas menores. Diana soportaba a regañadientes el trato indiferente que se le daba por parte de la familia de Alejandro hasta que un día en que éste pretende sobrepasarse con un comportamiento grosero, despótico y altanero intenta golpearla, no se deja y reacciona para defenderse de la agresión de que es objeto, ante lo cual la madre de Alejandro, Doña Cleotilde se inmiscuye torpemente obligando a la agredida también a defenderse de su suegra. ¡No más! ¡Suficiente la indiferencia y el maltrato! ¡Hasta aquí llega el aguante de la joven madre! Toma entre sus manos a su pequeña hija, arma de manera improvisada una maleta y sale de manera directa a la terminal de transporte, no sin antes hablar con su querido padre a quien cuenta brevemente el incidente y anuncia que regresa a Ocaña, ante lo cual su padre responde positivamente para esperarlas en casa.

Estando de regreso a casa, donde es esperada por sus padres en Ocaña, Diana encontró la tranquilidad que requería para asumir las responsabilidades de madre soltera con una niña en brazos de escasos tres meses de nacida. Responsable como era y ante la oferta que le hizo su madre para cuidar su hija, busca trabajo en casa de una profesora que le brinda su amistad y está dispuesta pagar sus servicios por el aseo de su residencia donde llama su atención dos grandes perros que se encariñaron mutuamente con la recién llegada. Estando en estos quehaceres de cuidar los perros, asearlos y tener la casa de la profesora en buen estado, conoce a José Eduardo, 20 años mayor que ella, buena gente en un principio, todo un caballero que le pide solícitamente trabajar para él cuidando una niña que era su hija, la cual tiene un comportamiento complicado, nada sociable, caprichosa y altanera que amerita un cuidado especial. Diana acepta el reto de manera desprevenida con el solo afán de acertar en el manejo del nuevo trabajo que se le presenta y obviamente la remuneración económica que le iban a pagar por atender la niña problema.

Los días y meses van transcurriendo en ese nuevo campo laboral, naciendo poco a poco una inesperada amistad y confianza con José Eduardo que los llevaría a formalizar con el tiempo una relación de pareja consentida entre los dos personajes, cuando la niña problema superó la crisis y manifestó su deseo de ir a vivir con su madre. En una de las



tantas veces que tiene que quedarse Diana en casa de José Eduardo cuidando a la hija de éste, comenzó a manifestarse el mutuo interés que despierta la convivencia en los seres humanos. José Eduardo de un tiempo acá la observa con particular detenimiento, especial deleite, y para ella no le es también indiferente por la serie de atenciones que él ha hecho llevando regalos, alimentos y todo cuanto pueda agrandar a una mujer. Esa noche llovía torrencialmente en Ocaña impidiendo salir a la calle, ante lo cual ella aceptó la invitación que hiciera su anfitrión para que se quede en casa, situación que aprovecha José Eduardo para llevar hasta donde estaba Diana una torta y una botella de espumoso vino para brindar y degustar del improvisado momento. Sorprendida y frente a la lluvia que arrecia la ciudad, acepta con discreción la invitación a saborear la rica torta y tomar unas cuantas copas del licor. El ambiente es el ideal cuando hay química de por medio, dicen los estudiosos del amor inesperado, como sucede en este instante entre Diana y José Eduardo. Al principio sentándose muy juntos, cercanos sus cuerpos, vino una cogida de manos, graciosas caricias y halagadoras palabras que fueron sentando las bases de una inesperada situación hasta cuando la pasión se fue incendiando con consentidos besos en la boca, en el cuello y pezones de los voluptuosos senos de la mujer que se complementaron con caricias en brazos y piernas; y de un momento a otro, cuando la pasión lo envuelve todo, no hubo poder humano que se opusiera a la entrega inesperada de sus cuerpos que desnudos se entrelazaron en una locura de pasión de enamorados, dando rienda suelta a cuanto estaba represado de un tiempo atrás sin escrupulo. Los cuerpos de los dos amantes yacían al amanecer, tendidos en su lecho, satisfechos del placer sexual que habían logrado y solo quedaba la invitación para juntar sus anhelos y decidirse de una vez por todas a vivir públicamente en pareja. El fruto de esa pasión inesperada vino tiempo después al nacer Mario quien fue recibido con beneplácito y gran satisfacción de sus enamorados padres.

La nueva pareja decide viajar a Barranquilla llevando Diana a Jenny su primera hija que tenía algo así como cinco años y a Mario su nuevo hijo. En un comienzo la vida de la pareja transcurre sin mayores contratiempos cuando Diana logra estabilizarse sentimentalmente, dejando atrás el pasado con todas sus vicisitudes que, si en verdad son solo recuerdos amargos, no olvida ni supera plenamente. Quizá esta pesadumbre en su existir hace que esté prevenida, atenta a nuevas sorpresas que pueda tener o se presenten en su vida. Por estas razones viene observando como su pareja sentimental de un tiempo acá está como ausente, ha cambiado, ya no es el hombre cariñoso, afectuoso y detallista que conociera en su querida Ocaña y la llevará a convivir nuevamente en Barranquilla, motivo por el cual decide afrontar esta nueva situación de pareja cuestionando discretamente a José Eduardo ese notable comportamiento nada favorable para la relación que se tiene. Un indeterminado día, sin levantar su voz, sin reproche alguno le dice claramente mirándolo a los ojos: “Mira José Eduardo: Te he visto últimamente muy distante, muy cambiado de cuanto eras, pareces ausente, me da la impresión de que te cansaste, te aburríste de vivir conmigo, se sincero y di cuanto a bien tengas que decir, no te cohíbas, nada me va a disgustar de cuanto digas. Sabes bien que no soy mujer de obligar a nada ni a nadie, nunca seré obstáculo en la vida de nadie, menos en la tuya”. El hombre, sorprendido por cuanto acaba de escuchar de parte de su pareja sentimental, negó todo. “¡Son suposiciones tuyas que no tienen asidero! ¡Dame un tiempo y demostrare lo equivocada que estás!”. No hubo respuesta y todo parecería que seguiría igual en su relación de pareja.

Un vecino del sector en que vivían, conductor de un taxi, solía de manera respetuosa saludar con cierta morbosidad a Diana dándole a entender con su lasciva y perspicaz

mirada que no le era nada indiferente su porte de bella y simpática mujer que lo atraía, sin pasar a mayores. Un determinado día que se pierde en el transcurrir de los tiempos, vio a la bella dama, paró el taxi para esperar el paso de la elegante mujer y le dijo con su habitual acento costeño: “¡Esta cachaca lleva cacho!” Sorprendida la bonita mujer con esa frase tan diciente, se regresó e increpó con el respeto debido a su incuestionable admirador, diciendo que era lo que él quería decirle con esa frase tan directa. El taxista quiso arrancar en su automóvil, pero al ver la determinante decisión de la dama, no tuvo más remedio que responder nerviosamente: “Es que el marido que tú tienes te está engañando porque sale con otra señora”. “¿Como así?”, preguntó Diana al taxista. “¡Si! ¡Eso es cierto! No tengo porqué mentir, porque yo soy quien lleva a la pareja al motel permanentemente”. Diana sorprendida también con respuesta tan concretamente directa, pregunta: “¿Si podría el taxista en la próxima vez que sea citado, llevarla a ella para comprobar la infidelidad de su marido?”. El taxista se queda pensando y dice sinceramente: “¡No! ¡No puedo porque seguro harías un escándalo en que yo quedaría altamente comprometido!”. Diana es tajante al manifestar que en absoluto ella no sería capaz de ese proceder, “solo quiere verlos salir del motel para comprobar la infidelidad de su marido y nada más”. Siendo así, dice el interlocutor con cierta picardía para agradarla: “Confío en tu comportamiento y entonces te buscaré y haré con mucho gusto el mandado cuando sea llamado a prestar el consabido servicio”

Dos días después, el taxista desciende de su vehículo para golpear la puerta donde reside Diana, ésta sale a atenderlo y él dice de manera concreta: “Tu marido y su amante ya están en el motel y tengo que ir a recogerlos. ¿Quieres venir conmigo?” Diana se queda pensando, mira de frente a su interlocutor, ve sinceridad en sus palabras que la obliga a admitir de manera inmediata la invitación, no sin antes dejar encargada del cuidado de sus niños a una prima de José Eduardo, sin hacerle mayor comentario del porqué de su salida.

El taxista teniendo a la bella dama sentada ya a su lado, como que estaba dudando en continuar con la sorprendente e impredecible tarea, ante lo cual Diana rompe el silencio para manifestar con tranquilidad: “Mira, cuando lleguemos al sitio indicado me dejas a la entrada del motel en tanto tú vas a recogerlos, ¿Te parece?” “¡Muy de acuerdo!” responde el inquietado taxista, dando arranque a su automotor guardando discreto silencio en el trayecto. Al llegar al sitio indicado, el taxista para y deja a la bella dama a la entrada del citado local y a los pocos minutos salía lentamente con el vehículo en reversa, ante lo cual Diana se paró en mitad de la vía obligando al automotor a detenerse. José Eduardo, sale y se baja precipitadamente del taxi y dice dirigiéndose a Diana: “¡Por favor! ¡Tranquilízate Mujer! ¡No es lo que tu piensas! ¡No vayas a cometer ninguna locura! ¡Déjame explicar la situación!” Diana no se inmuta, guarda correcta compostura y dice de manera pausada, sin alterarse: “Mira José Eduardo: si yo voy a un motel con un hombre, seguro no voy a rezar un rosario. Tranquilízate, ve a dejar a tu compañera y luego hablamos en casa”. La dama acompañante también había salido del vehículo y nerviosamente manifiesta preocupada que no vaya a proceder en su contra, ante lo cual Diana es clara y concreta al decirle que no se preocupe que ella no estaba para esa clase de confrontaciones, que ella no se iba a rebajar a disputar amor alguno, que él no lo merece. Llamaba la atención que la señora en referencia era mucho mayor que Diana que tenía para aquel entonces veinte años y aún mayor que José Eduardo que pasaba de los cuarenta años. El taxista sorprendido no podía creer de cuanto era testigo porque había pensado que ahí se iría a formar un tremendo problema y no lo fue.

Diana dando la espalda al bochornoso espectáculo que comprometía a su compañero sentimental, se encaminó tranquila y decidida a la vía principal, tomó un nuevo taxi y se dirigió a su casa para descansar en la habitación con sus dos hijos, dejando libre la alcoba que compartía con José Eduardo. Al día siguiente se levantó, preparó el desayuno, sirvió la mesa sin pronunciar palabra alguna ante la sorpresa del infiel marido que guardó silencio. Situación similar se presenta en el nuevo día que obliga a José Eduardo a pronunciarse pidiendo explicaciones del porqué no había sido recriminada su actuación de infiel esposo. Diana lo queda viendo fijamente a los ojos y dice tranquila, pero de manera tajante: “Para que recriminarte en un acto en que yo vi todo, nadie me contó, tu decidiste cambiarme, engañándome, siéndome infiel y no tengo nada más que decir. Bien se ha dicho que una imagen vale más que mil palabras. ¡Todo está dicho! ¡No amerita explicación alguna!” Sin esperar respuesta se fue directo al cuarto donde se encontraban sus dos hijos.

Al siguiente día, tres días después del inesperado incidente, Diana luego de cumplir con las labores del hogar, arregla adecuadamente a sus hijos, procede hacer maletas, llama a su amigo el taxista y se marcha hasta la terminal de transportes para luego de llamar a su padre en Ocaña, a quien comenta el problema que acaba de vivir, encontrando una vez más el apoyo requerido en estos casos, deja nuevamente a Barranquilla, donde había vivido esa desagradable situación comprobada y demostrada de la infidelidad de su marido. En Ocaña es recibida sin reproche por parte de su familia. Aprovechando las amistades de su padre, Diana entra a trabajar en la campaña política del candidato que sería ganador de la Alcaldía, quien luego la nombraría en un cargo que ella desempeña con lujo de detalles. Esta nueva situación de su vida le abrió espacios donde conoce amigos que la acercan a una familia muy especial por su particular forma de ser en su unidad familiar, donde los viejos patriarcas se entienden favorablemente con la juventud y ésta guarda respeto a sus mayores. Antonio, uno de los miembros de esa singular familia, se siente atraído por la belleza física y la gran simpatía que despierta la joven madre, la galantea y va poco a poco ganándose su confianza que los lleva a congraciarse una buena y bonita amistad que iría despertando en los dos la confiabilidad de una estrecha relación que los acercaría a ese mundo insondable de un romance sentimental de impredecible situación.

Antonio, es apuesto, buen conversador y demuestra gran cariño por los hijos de Diana, situación que lleva a encariñarse mutuamente. Un día, de esos en que sin saberse por qué los seres humanos nos sentimos más ligados al sentimiento de amar, Diana y Antonio comienzan a cimentar más su amistad hasta que el dios del amor, el exótico Cupido hace de las suyas y los arroja inesperadamente entre su manto iniciando un idilio que si bien se sabe cómo es el comienzo nadie puede prever el final, cuando este se manifiesta abierta y sin escrúpulos entre las paredes de la intimidad de una alcoba. Son esos momentos en que la pasión seduce al deseo cuando dos cuerpos se atraen, se desnudan, se abrazan y abalanzan sobre un jergón cualquiera o entre las sábanas blancas de un típico y característico tálamo, estrechándose en uno solo ser, en el éxtasis que brinda la pasión y el deseo de estar juntos. No pudiéndose evitar nace para los dos un romance que es mutuamente acatado y los obliga salir a enfrentar el mundo como una abierta pareja sentimental que se daría una nueva e incierta oportunidad. Para Diana surge una inquietud inesperada cuando tiene conocimiento que su madre se separa de su padre después de 32 años de convivencia, teniendo como pretexto la muerte de su madre, es decir su abuela materna. Este acontecimiento cambiará su existencia si se tiene en cuenta que para Di-

ana su padre ha sido el portaestandarte de cuanto ha hecho en su vida y no se atreve a predecir que va a ser de aquí en adelante para su progenitor sin su compañera habitual, es lo cierto que la decisión está tomada y solo toca afrontar cuanto a bien se venga, piensa para sus adentros la inquietante Diana.

En casa de Antonio recibió una bienvenida por parte de todos los integrantes de tan particular familia al ser acogida con alegría y beneplácito cuando nace Carlos Antonio. Era el tercero de sus hijos, con Jenny la mayor de doce años que está a su cargo y Mario que ya no está con ella desde cuando había sido reclamado por su padre para asumir la responsabilidad de su crianza. Carlos Antonio se convierte en él bebe consentido de toda la casa, en especial de su abuela, la madre de Antonio que es una mujer maravillosa por su gentileza y buen don de gente, teniendo como característica la de ser una gran anfitriona que cocina exquisitamente y tiene ponderada habilidad en el manejo de sus manos ya sea en el diseño textil de un bordado o pintando cuadros de pintoresca expresión. Jenny, convertida en la preferida de su abuelo reside con él en la casa de campo ubicada a la salida de la población, en tanto Diana está con su pequeño Carlos Antonio en casa de su nuevo compañero sentimental, pero diariamente los visita al encontrarse muy cercanas las dos residencias para prepararles la comida y hacer que la inesperada separación de su padre con su madre no sea tan traumatizante como se esperaba.

En cierta ocasión, Jenny propone a su madre Diana el deseo de estar con ella en su nueva casa por la familiaridad y confianza que se presenta con Antonio. Consultado el caso no encontró reparación alguna, por el contrario, fue bien recibida la noticia y Jenny hizo placenteramente parte de esa familia sin reproche alguno. Antonio y Jenny se amistarón de una manera muy particular que daba tranquilidad en la convivencia en general de todos los integrantes de la particular casa, para satisfacción de Diana como madre, al saber que su hija había sido bienvenida a ese nuevo hogar. Para el padre de Diana el haberse quedado solo en su casa de campo lo afectó y decidió viajar al valle del Cauca en búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo dejando al cuidado de su rancho a Diana, quien consideró oportuno regresar a ese espacio que para ella le era tan familiar para cuidar los cultivos y los animales que dejara su padre. En principio lo hizo sola con sus dos hijos: Jenny ya una niña de doce años y el pequeño Carlos Antonio, en tanto Antonio su marido se quedó por un tiempo con su familia hasta cuando también toma la determinación de irse a vivir en el rancho campestre de su mujer.

Jenny se desplazaba diariamente camino a su escuela, siendo muchas veces acompañada por Antonio, situación que familiariza mucho más la vida de estos dos personajes sin despertar sospecha de cuanto acontecería tiempo después. Para Diana parecía normal el comportamiento de su marido con su pequeña hija al verlos jugar sin morbosidad alguna en la casa y sentía confianza cuando en las mañanas el hombre montaba en su moto a la niña para llevarla a estudiar.

Todo transcurría bajo una relativa normalidad en la casa de campo hasta que se empezó a manifestar la presencia de grupos insurgentes en la región que con amenazas empezaron a amedrentar a sus moradores. Diana en un principio no puso atención o le paró bolas a comentarios que le hicieron llegar para que abandonara el sector, consideraba que eran cosas o comentarios del chisme callejero, hasta cuando estando sola con sus dos hijos, una noche sintió que le estaban lanzando piedras que rompieron algunos vidrios de las ventanas y las tejas de barro de la campestre casa, y pusieron por debajo de la puerta

unos panfletos amenazantes para que saliera, desocupara el citado lugar. En la mañana encontró que el perro que cuidaba la casa estaba muerto, sacrificado con un arma corto punzante se encontraba en medio de un charco de sangre, igual suerte habían corrido la vaca y sus terneros y algunas aves de corral. Cogió como pudo sus dos hijos y bajó hasta la casa donde se encontraba Antonio, comunicó cuanto había acontecido y luego hizo una llamada a su padre contando los siniestros acontecimientos de la noche anterior, ante lo cual su papa la autorizó que abandone esa casa y viva en la de su marido en la población. Para que no regrese a la casa de campo que había abandonado seguía recibiendo panfletos con amenazas más contundentes cuando le decían que si se atrevía a volver procederían contra ella y sus hijos, que lo mejor y más conveniente era olvidarse de la casa y el terreno ubicado en las afueras de la población. Era un desplazamiento obligado que había que acatar.

En casa de Antonio la familia volvió a recibir a Diana y sus hijos con el mismo entusiasmo con que lo habían hecho al principio. Jenny siguió yendo a la escuela supuestamente a estudiar acompañada de su padrastro Antonio que la llevaba en su moto, sin despertar inquietud alguna que la hiciera reaccionar, hasta cuando un día fue llamada Diana ante las directivas de la escuela para dar la queja que la niña estaba faltando días enteros a clase, sin dar mayor explicación. A Diana le parecía extraña esta situación cuando el responsable de llevarla diariamente a la escuela a Jenny era su compañero sentimental, quien a decir verdad trataba con particular cariño a la adolescente sin que se pueda despertar sospecha de que pudiese estar pasando algo anormal entre un hombre adulto y una niña de doce años. Transcurrido un tiempo se presenta un hecho que llama la atención de Diana cuando su pareja sentimental Antonio, manifiesta gran preocupación por el retraso del periodo menstrual de la adolescente Jenny, ante lo cual Diana, sin tener la más remota duda al respecto le dice que eso es normal, que no se preocupe que el ciclo menstrual tiene sus altos y bajos dependiendo de muchos factores.

Al cumplir quince años Jenny decide viajar donde su padre para visitarlo y quedarse a vivir con él según dijo con absoluta seguridad, situación que Diana no objetó por cuanto considera que a nadie se puede obligar a cuanto no quiere. Preguntó si Alejandro su padre, sabía de esa determinación, recibiendo un contundente sí, de respuesta; que él la estaría esperando en Barranquilla cuando decida viajar. Confirmada telefónicamente la situación planteada, luego de las recomendaciones de rigor de madre, Diana le preparó la maleta y fue a dejarla al terminal de buses. Horas después, recibió la noticia de que ya padre e hija estaban juntos para tranquilidad de todos.

Alejandro al igual que su familia aceptaron la llegada de su hija a quien matricularon para que siga sus estudios, notando que desde un principio Jenny poco o nada quería ir a estudiar, estaba rebelde, decidiosada, algo le pasaba, todo le enfadaba, se encerraba en su cuarto a llorar y nada ni nadie quería que la consuelen. Alejandro preocupado por ese extraño proceder de su hija se las arregló de buena manera, dándole confianza para que hablara, se manifestara sin temor alguno a fin de contar el porqué de su inquietante comportamiento. En un principio no fue nada fácil alcanzar el objetivo de saber el porqué de su hostil actitud, el temor a las consecuencias que se desprenderían de contar la verdad la hicieron dudar, pero el cariño y confianza que le había dado su padre y la familia de éste, la obliga a manifestar algo que nadie podía sospechar ni menos siquiera imaginar. ¡Había sido violada! ¡Si! ¡Violada! ¡Maltratada sexualmente! ¡Aprovechada de su in-

fantil inocencia! El llanto acalló esa voz de protesta ante el asombro de sus contertulios que no podían creer que esa niña, esa criatura que apenas estaba por llegar a la etapa de la adolescencia con sus quince años, sufría contando el dolor de haber perdido su inocencia. ¿Cómo fue? ¿Quién lo hizo? ¿Cuándo aconteció? Eran interrogantes que se hicieron en esa especie de juicio a la adolorida niña. Ella, más calmada, serena, presta a responder, levantó su cara, limpió las lágrimas que aun resbalaban por sus mejillas y dijo con pausada, pero a la vez enérgica voz: “¡Fue Antonio! ¡El compañero sentimental de mi madre!” Un silencio sepulcral se paseó por el recinto en tanto se miraban unos a otros incrédulos de cuanto escucharon. “¡Se aprovechó!” dijo la niña, “De que a mí me gustaba que me llevara en la moto hasta la escuela. Al principio me llevaba en la parte de atrás como es lo normal, pero con el tiempo acostumbró a sentarme delante de él, acurrucándose contra su pecho, para darme besos en el cuello y cuando paraba el tránsito de la moto, sus manos se deslizaban procazmente por entre las partes sensibles de mi cuerpo como son los senos, la cadera, las piernas y partes íntimas como la vagina y el trasero”. De mi parte, dice la niña: “A mi edad, pensaba que eran simples caricias por la forma cariñosa de ser de Antonio que siempre se manifestaba con algo de dinero al bajarme de la moto para ingresar a la escuela”. “¡ Ten este dinero ¡” disque le decía, tomándole la mano depositando en ella billetes o monedas: “Para que lo gastes en la tienda a la hora del recreo”.

Con el transcurrir del tiempo el manoseo del morboso Antonio para con el cuerpo adolescente de Jenny fue más directo al hacerla excitar introduciendo sus dedos en las partes íntimas de la niña, jugando lascivamente hasta lograr un clímax erótico que la adolescente no podía entender, pero si manifestaba el natural placer que conlleva la sexual pasión. El depravado Antonio, daría inicio al aprovechamiento que hacía de la tierna niña, cuando un amigo le pido el favor de cuidar su casa por cuanto él se iba de vacaciones por unos días a otra localidad con su esposa e hijos, situación que aprovechó el canalla para llevar a Jenny con engaños a esa solitaria casa. Estando solo los dos, se aprovecha de la inocencia de la niña, la desnuda completamente sin lastimarla para que ella tome confianza de sí misma, en tanto el hace lo mismo de quedar desnudo para luego de acariciar el frágil cuerpo de la niña hace que ésta se excite y el vil corrompido procede a violarla en medio del dolor que expresa su infantil víctima. Ella llora, se lamenta, se queja de dolor en su parte íntima al sangrar, siendo hipócritamente consolada por su agresor. Este, sabiendo que la niña gusta de montar en la moto la ilusiona con que va a enseñarle a manejar dicho aparato y luego cuando ya sepa hacerlo, le regalaría una moto para que la disfrute como a bien guste con el resto de sus compañeritos, engaño que ilusionaría a la inocente víctima.

Diana no tuvo conocimiento de este infame hecho protagonizado por su pareja sentimental en contra de la dignidad y virginidad de su hija, solo fue sorprendida cuando supo que la niña estaba faltando a clases, conociendo tiempo después que era con Antonio con quien se perdía so pretexto de aprender a manejar la moto y luego tener que someterse ingenuamente a las relaciones sexuales con este miserable embaucador. Para Jenny, a su inocente y tierna edad, esperanzada en aprender a manejar la moto para luego contar con la que le iba a regalar el hombre que la había violado, accedía a volarse de la escuela, a faltar a clases, para perderse en la intimidad de una alcoba con quien aprovechaba de su inocencia. Su ingenuidad fue tan patética que ilusionada con cuanto le daba su victimario creyó un día en que éste le dijo que quería ser su novio para en un futuro casarse con ella y hacerla más feliz de lo que ahora disfrutaba. Crítica fue la situación cuando

el periodo menstrual se atrasó comprobando cuanto había dicho Diana y no como el abusador pensaba de una posible preñez de la infante; siendo entonces que consideró oportuno animarla para que viaje hasta Barranquilla donde vivía su papa, quien cuando ella le manifestó el deseo de estar con él, no lo dudó y accedió a recibirla como en efecto lo hizo y ahora era conocedor de tan grave situación que lo obligaba a denunciar ante las autoridades competentes para que se castigue al autor material de la violación de su hija. Llamó a Diana, le contó cuanto había escuchado de su hija y se pusieron de acuerdo en denunciar a esta bestia humana por el aprovechamiento sexual que había hecho de su hija desde un tiempo atrás, siendo ella menor de edad.

Para Diana comenzó un martirio, otro calvario sin nombre por la serie de persecuciones, de contundentes amenazas directas que hiciera Antonio de mandarla a matar, si no quitaba la denuncia contra él al saber que lo había hecho ante las autoridades competentes. Jenny se quedó viviendo con su padre en Barranquilla, en tanto Diana comenzó un periplo por los pueblos del Catatumbo y el Caribe evitando así ser objeto de las amenazas de muerte de su ex compañero sentimental, quien también cómo pudo evacuo clandestinamente su lugar de residencia para evitar ser detenido y llamado a juicio por los delitos cometidos en contra de la menor de edad que tenían fuerte castigo de condena de acuerdo con la legislación vigente. A Diana desde niña llamaba la atención de cómo su señor padre solía curar sus enfermedades o las de los animales aprovechando las plantas medicinales de la región donde estuvieron de paso residiendo, situación que la acercó mucho más al conocimiento experimental, empírico de dichas medicinas naturales que la lleva a ingresar al Servicio Nacional de Aprendizaje SENA donde tiene la oportunidad de lograr una beca en un intercambio de Colombia con Cuba a donde viaja para estudiar en Ciencias y Medicinas Naturales de la Habana. De regreso al país, en tanto lograba ubicarse en cuanto había aprendido en el exterior un amigo que conocía de su experiencia en la parte política la invita a que haga parte del equipo político de un aspirante a la Alcaldía del Municipio de El Tarra en Norte de Santander.

Sin otra opción por el momento, Diana acepta trasladarse a El Tarra que se ubica al norte de Ocaña aproximadamente a noventa kilómetros, se entrevista con el candidato a la Alcaldía llegando a un acuerdo que la hace radicarse en esta localidad nortesantandereana que tiene un promedio alto de temperatura. El entendimiento con la gente que iría a trabajar fue acogedor desde un principio, su carácter y forma de ser impactó de manera inmediata para brindarle todo cuanto se iría a requerir en la organización de la campaña política, en lo cual recordaba tener la experiencia necesaria para el trato con los seguidores, tanto así, que sin habérselo propuesto al tiempo del desarrollo de la campaña de su amigo para la candidatura a la Alcaldía, surgió la iniciativa de un grupo de mujeres que propusieron la postulación del nombre de Diana como candidata al Concejo, hecho que con acierto agradó no únicamente al candidato a la Alcaldía sino a las demás personas que hacían parte de esa campaña proselitista. De manera indiscutible la postulación de su nombre fue cogiendo auge entre los electores que miraban en ella a la persona que serviría con gran empeño la causa de su partido o movimiento político. Su esbelta y bella presencia amen de su facilidad de expresión dio pie para ser solicitada frecuentemente a fin de escuchar sus planteamientos en favor de las clases más necesitadas de la población. Obviamente no faltaría la envidia como es natural en esta clase de actividades políticas que muchas veces no se hace presente de manera abierta y directa, sino que aprovechan hipócritamente el chisme soterrado para manifestarse. Diana lo entendió y siguió acompañando a su candidato hasta cuando observó que las condiciones para tri-

unfar de parte de este no eran las mejores, razón por la cual sugirió una posible alianza con otro candidato, que no fue aceptada. Es lo cierto que su candidato perdió la Alcaldía en cambio ella es elegida como Concejal con una altísima votación que no se esperaba fuera de esa magnitud.

El Tarra es un municipio ubicado en plena zona de conflicto en el Catatumbo donde los grupos insurgentes manipulan a su antojo todo cuanto tenga que ver con la administración municipal. Sin saber a ciencia cierta el porqué, ya electa Concejal Diana, recibe la visita de un grupo de delegados o comisionados por los altos mandos de los insurgentes de la región que son categóricos en manifestar que sin desconocer la calidades humanas y las cualidades profesionales conjugadas con su gentileza y don de gentes, no podían permitir que ella asumiera dicha curul, sin dar mayores razones al respecto; motivo por el cual pedían respetuosa pero categóricamente renunciar al cargo de electa Concejal. Sin otra alternativa, conocedora de cómo es la ley de estos grupos en la región, hizo caso a la orden de los insurgentes al presentar renuncia irrevocable al cargo de Concejal del Municipio de El Tarra que había logrado alcanzar con una alta votación popular, después aceptó invitaciones de varias personas que querían expresar su tristeza por no tenerla como Concejal, despidiéndola con gran cariño y aprecio, deseándole toda clase de parabienes en un próspero y fructífero porvenir, como bien se lo merecía.

En el transcurso de esta experiencia en la campaña política había conocido a personas vinculadas con laboratorios que producían y suministraban drogas a base de plantas naturales que le ofrecieron trabajar con ellos, aceptando agradecida poder iniciar esta nueva etapa en su vida cuál era atender pacientes vinculados con la curación a base de medicina natural. Arma maletas y se dirige hacia la costa del Caribe colombiano en predios del Departamento del Magdalena, luego en el Atlántico, sectores de una alta temperatura climática, hecho que tenía a Diana altamente preocupada por esos calores infernales, razón por la cual buscando nuevas oportunidades conoce a una persona vinculada con una empresa que tiene varias boticas o farmacias a lo largo y ancho del país, quienes le dan la oportunidad de trabajar manifestando el nombre de cuatro o cinco ciudades o poblaciones a escoger o seleccionar, entre ellas había una vacante en la ciudad de Pasto al sur de Colombia.

Pasto es una ciudad distante de donde se encontraba ante lo cual tendría que prácticamente atravesar todo el país. Es fría, enigmática, desconocida en absoluto para Diana, sin embargo, llamó su atención el clima frío y lo distante para alejarse de cuanto peligro podría afrontar ante la persecución de Antonio su excompañero sentimental, el violador de su hija, aceptando ir a trabajar sin consultar con nadie. El padre de Diana también quedó supremamente asombrado cuando ella le comunicó que estaba de viaje a esa misteriosa y lejana ciudad de Pasto y esperaba verse con él a su paso por el valle del Cauca. Estando en Tuluá, acompañada de su hija Jenny se entrevistó con su querido padre solamente para saludarlo y ver como se encontraba. Conversaron muy tranquilamente de los problemas que afrontaban con la persecución de Antonio su excompañero sentimental, que hasta donde ella sabía no había sido capturado, pero seguía recibiendo mensajes amenazantes para que quite la demanda en su contra por los delitos que culminaron con el abuso sexual y permanente violación a Jenny. Al momento de partir padre e hija se abrazaron, se despidieron, deseándose mutuamente suerte en el trayecto de su vida, encaminándose cada cual a su sitio para seguir con la suerte que les depara el destino.



Al llegar a Pasto en horas del amanecer de aquel 4 de octubre, el frío penetraba hacia el interior del vehículo automotor que la transportaba cuando éste abrió la puerta para bajar de él; la lluvia arreciaba de tal manera que resultaba en principio difícil descender del bus hacia la incertidumbre, hasta cuando una voz amigable sin conocerla pronunció su nombre. Era la persona encargada por parte de la entidad en que iba a trabajar que la estaba esperando para conducirla hasta el hotel que serviría de residencia en tanto se ubica convenientemente en la incógnita ciudad. De sorpresa en sorpresa, Diana se ubica en el hotel y las ocho de la mañana ya está en el sitio de trabajo dispuesta atender los pacientes, hecho que sorprende a sus futuros compañeros de trabajo e indica la personalidad y forma de ser de quien hemos venido siguiendo en esta fantástica pero real historia que nos va dejando tanto que aprender de nuestro caro país como es Colombia.

Dos días después de su llegada a Pasto se traslada del hotel que la había recibido aquella mañana de lluvia y frío para ir a radicarse a un apartamento de un conjunto cerrado, donde convive sin problema alguno con la vecindad, ganando el aprecio y respeto. Diariamente se acostumbra a cruzar la Plaza Mayor de la ciudad que queda camino de su consultorio donde va encontrándose con personas que también la van reconociendo y saludan desprevenidamente. Tiempo después por su melódica y sonora voz es invitada semanalmente a un programa de opinión radial para que cuente a sus oyentes como es el tratamiento y su experiencia para la curación de determinadas enfermedades aplicando sus conocimientos de la Medicina Natural. En el mes de diciembre disfruta de la novena del niño asistiendo a varias invitaciones que le hacen y se prepara para disfrutar las festividades de fin de año, y en el mes de enero de los típicos carnavales de Negros y blancos que se celebran anualmente en Pasto.

Un determinado día se siente altamente sorprendida cuando dos hombres se le acercan en el trayecto de la Plaza Principal o Mayor de Pasto para hacer una tajante advertencia: “¡Doctora Diana! ¡Por favor no se detenga! ¡Ni menos nos mire! ¡Oígallo bien! ¡Somos delegados de Antonio, su excompañero sentimental de Ocaña! ¡Para evitarnos mayores problemas con usted, se hace necesario que quite la denuncia que hizo contra Antonio por haber procedido a violar a su hija Jenny! ¡O de lo contrario aténgase a las consecuencias! ¡Está a tiempo de hacerlo! ¡Hágalo por su bien y el de toda su familia!” Los dos hombres se retiraron cada uno por diferente lado de la citada plaza, sin dar tiempo y menos oportunidad a Diana a dar respuesta alguna a los desconocidos personajes que se perdieron entre los demás transeúntes del citado lugar. Solo el nerviosismo, la incertidumbre invadió la inseguridad en que se encontraba nuevamente Diana hasta que llega a su oficina o consultorio sin poder decir nada a nadie ante las amenazas de que fue objeto. Horas después, un poco más tranquila, relajada comenta y consulta con un amigo el problema en que se encuentra, decidiendo acudir ante la Defensoría del Pueblo a denunciar el caso, quedando en espera de saber que podrían hacer las autoridades de Pasto frente al caso presentado donde una vez más se ve obligada a tomar precauciones que garanticen el transcurrir de su existencia frente a las amenazas de que ha sido objeto por parte de su excompañero sentimental según dijeron los incógnitos personajes que la abordaron en el trayecto de la plaza mayor de Pasto.

Ser bonita, atractiva y seductora la llevaría nuevamente a transitar por entre los campos de Cupido que como siempre están presentes en medio de la incertidumbre que despierta el amar y ser amada y ante lo cual no existe poder humano ni menos experiencia alguna

que pueda garantizar un determinado sentimiento. Diana viajaba cada fin de semana a la “ciudad de las nubes verdes”, la particular Ipiales, cercana a la frontera con Ecuador, lo hacía en función de su trabajo y la satisfacción de poder encontrar nuevas amistades surgidas del tratamiento médico que ella les brindaba. En uno de los tantos viajes conoció a Wilson que llamó su atención por la forma amable y discreta con que comenzó a tratarla llevándola poco a poco a ese transitar de una simple amistad que se fue convirtiendo en sensato entendimiento entre un par de enamorados que los llevaría sin saber a ciencia cierta por qué a la intimidad de una alcoba donde la expresión sentimental da paso al deseo y la pasión sexual sin explicación alguna.

Los dos enamorados teniendo para sí la experiencia que depara la vida, cada quien aportando una expresa madurez que, si en verdad los ha llevado a encontrar la felicidad propia de los adolescentes, nada se puede garantizar de cuanto pueda suceder hacia un futuro. Había que experimentar la convivencia sentimental de vivir juntos y lo hicieron. Diana y Wilson coincidieron en estar bajo un mismo techo sin deparar que pudiera surgir de esta nueva y particular situación. En un principio todo era color de rosa, nada parecía que rompería ese apasionado idilio cuando cada uno sabía con puntos y señales la vida del otro sin que pueda existir problema alguno por el mutuo conocimiento del pasado que había sido aceptado sin particular cuestionamiento.

Sin embargo, un día, “Michela”, la gata consentida de Diana enferma obligando a llevarla a donde el veterinario que curiosamente no encontró nada porqué preocuparse del pequeño animal que sin embargo continuaba sin demostrar recuperación a su estado de tristeza y quietud. Una llamada inesperada interrumpe una mañana el despertar de Diana cuando se anuncia por parte de su interlocutor que su padre había enfermado y tocó urgentemente hospitalizarlo, situación que se agrava cuando tendría que trasladarse hasta la ciudad donde se hospitaliza su padre y naturalmente por razones de trabajo le impide.

Cuando menos lo esperaba, recibe por parte de la empresa donde presta sus servicios la cancelación del contrato de trabajo, situación que rompe todo cuanto tenía previsto en Pasto y en general en el Departamento de Nariño. Estando en esta difícil situación recurre a un buen amigo que se ha convertido en el confidente de su vida para contarle cuanto está aconteciendo alrededor de su existencia. El personaje en referencia luego de analizar concienzudamente cuanto conversa su amiga, es claro, concreto y preciso. “Ten mucho cuidado”, le dice. “Esto que te está pasando no es normal y se hace necesario recurrir a gente que sabe tratar las malas energías, los maleficios, las brujerías, que muchas veces nos resistimos a creer, pero no está por demás consultar con estos personajes enigmáticos esta serie de vicisitudes que se están presentando en tu vida”, mi apreciada amiga.

Diana se ha quedado pensativa pero acepta la recomendación que ha hecho Sergio, su amigo confidencial. Al llegar a su casa, habla con Wilson quien está también de acuerdo en buscar la persona adecuada, una pitonisa que sepa al respecto, cuando le comunica a Diana que acaba de ser informado sobre un robo en la sucursal de su almacén que tiene en Ipiales, razón más que suficiente para proceder a buscar ayuda con la gente que sabe del “más allá” de intrigas y maleficios. En efecto lograron encontrar la persona adecuada para buscar la orientación a los problemas que se les están presentando en su vida. La pitonisa, una mujer adulta, con cara adusta, barajando en sus manos unas cartas de naipes,

los atiende y va narrando episodios que sorprenden a Diana y Wilson por lo certero de los hechos, dejando al descubierto cómo la responsable de todo cuanto acontece es una mujer de quien da sus rasgos, obligando a Wilson a dar y reconocer el nombre de la aludida persona. Es cierto, todo tiene una explicación: Wilson ha sido “tratado” como se suele decir en esta clase de eventos considerados paranormales por parte de la persona de quien hablara la pitonisa, comprometiendo sin proponérselo el diario vivir de Diana frente a los acontecimientos que se le están presentando últimamente, luego de estar conviviendo con Wilson.

Cuando Sergio tiene conocimiento del dictamen de la pitonisa, manifiesta con sinceridad a su amiga Diana. “Todo está claro”, le dice: “Wilson tiene o lleva consigo malas energías que obligan, si sos consciente para consigo misma, de alejarte de él para evitar mayores males”. Diana escucha con interés y sin poder evitarlo sus ojos verdes se entristecen y hace que brote de ellos unas cuantas lágrimas que ruedan por entre sus mejillas. No, no puede dejar a Wilson, lo estima, guarda especial cariño para con él y existe el compromiso de viajar a Medellín, su ciudad de origen para presentar a su señora madre y espera definir su estado civil con su esposa, con quien tiene una hija. Sergio, es claro y concreto. “Bueno ya todo depende de ti”. “Sabes que en mí siempre existirá el amigo sincero que no escatima esfuerzo para decir la verdad de cuanto sienta”.

Estando en estas circunstancias, Diana recibe una noticia que nunca esperaba: Jenny, su hija, la niña de sus sueños, la permanente compañera de sus últimos años ha sido violada y está preñada por parte de su compañero sentimental que viene tratándola supremamente mal no únicamente en la parte física sino de manera general al tenerla prácticamente secuestrada sin dejar que salga sola a la calle, tiene que hacerlo siempre en compañía de su agresor compañero. Es una noticia que desequilibra sustancialmente a Diana quien no sabe qué hacer cuando luego de sortear mil inconvenientes logra rescatar a Jenny de su enclaustrada vida para escuchar personalmente la narración de los macabros hechos en contra de su hija, quien hace clara manifestación de bajo ningún punto de vista estar dispuesta a tener un hijo de la persona que tanto la ha maltratado y la está llevando a la desesperación por sus absurdos celos que la llevó a perder por completo su libertad y en tal razón considera procedente buscar la ayuda jurídica que solucione el problema presentado.

Ventajosamente las leyes colombianas son muy claras en reconocer que el aborto voluntario es un derecho legal y libre para todas las personas gestantes hasta la semana veinticuatro de embarazo, ante lo cual, teniendo un mes escaso de embarazo, se procedió ante la autoridad competente para proceder a solicitar la correspondiente autorización, llevando las pruebas pertinentes que dieron pie para justificar legalmente la intervención médica en una entidad oficial donde se procedió a efectuar satisfactoriamente la operación del aborto legal y voluntario de la martirizada paciente. Estando en esa crítica situación, murió “Milchela” la consentida gata de Diana, quien tiene a la vez el conocimiento de la enfermedad de su señora madre. Es decir, sin lugar a duda, continuaba el desastre en su transitoria vida.

Estando en Medellín, la situación se empeora cuando la empresa en que trabajaba Wilson decide agradecer sus servicios y lo despide, en tanto la madre de éste, cordial y amable en un principio con Diana no mira con buenos ojos el romance de su hijo y dice

francamente a Diana que es mejor que se vaya a Cúcuta, donde tiene la posibilidad de trabajar en la empresa de un viejo amigo que la invitó a viajar para darle oportunidad de trabajar en esa ciudad. En Cúcuta, la situación se fue complicando cuando las ventas de la droguería no eran las más aceptables, razón por la cual tuvo que regresar a Medellín donde Diana ya no encontró el mundo ideal imaginario que pensaba con Wilson al ser descartado el rompimiento o divorcio de éste con la mujer que tenía, además la hija de éste, sospechosa del romance de Diana con su padre se mostró distante, grosera y altanera. Sabiendo que no había esperanza alguna para rehacer su vínculo sentimental con Wilson, el despectivo actuar de la madre de este al igual que el comportamiento de su hija, consideró que había que tomar nuevo rumbo en su existencia y así lo hizo luego de hablar claramente en una noche con Wilson, quien no tuvo reparo alguno para detenerla obligándola a salir con su maleta a recorrer las calles de Medellín sin rumbo fijo.

A los pocos días de haber salido de la vida de Wilson tiene conocimiento del asesinato de un hermano de él en circunstancia propias del inestable vivir del crimen en Medellín, había desaparecido ocho días atrás hasta cuando fue encontrado acribillado en un sector aledaño a la ciudad. Esto llevó para que de manera humanitaria Diana volviera a la vida de Wilson a pesar de tantas situaciones adversas vividas en su convivencia, sin saberse que pueda al final pasar en su atormentada vida que se trasluce como la de tantas personas en el transitar incierto de una Colombia amargada por la vil violencia que atormenta tantos hogares de una patria mal administrada por rufianes que únicamente han buscado su bienestar y se olvidaron de los demás, teniendo como se tiene un amplio territorio, rico en la flora, en la fauna y materiales preciosos, habitable en todos sus pisos térmicos con montañas y llanuras con la laboriosidad de sus gentes, dos océanos bordeando su territorio, un amplio sector de llanos y amazonia, con gran riqueza hídrica para regar sus campos y fin todo un mundo de prosperidad que solo ha servido para el beneficio de unos pocos que aprovechan y acumulan multitudinarias ganancias, en tanto la inmensa mayoría de sus pobladores son explotados inmisericordemente, violentamente despojados de sus tierras amparados en ilegales grupos militares que dejan a su paso el crimen, la pobreza y la miseria en que vive la gran mayoría del pueblo colombiano.